

CAPÍTULO I

1939

LA VICTORIA DE FRANCO

La noche del 27 al 28 de marzo de 1939, los setenta mil hombres del llamado Ejército Nacional y los cuarenta mil del Ejército Republicano, que llevaban atrincherados veintiocho meses en un frente de batalla estable, que iba desde la Ciudad Universitaria a San Martín de la Vega, supieron que la guerra estaba a punto de terminar para ellos.

Habían fracasado las negociaciones de paz entre el Consejo Nacional de Defensa, que el día 5 de marzo se había hecho cargo del Gobierno de la República, y los hombres de Franco. De nada había servido que en la mañana del día 23 se trasladaran a Burgos el teniente coronel Antonio Garijo y el mayor Leopoldo Ortega para encontrarse allí con los coroneles Gonzalo Vitoria y José Ungría. La reunión se había limitado a un intercambio de documentos. El entregado por los representantes del Consejo Nacional de Defensa republicano pedía que, en caso de rendición, no desfilaran por las ciudades las tropas extranjeras; solicitaba una rendición por zonas y exigía que se permitiera la expatriación de cuantos quisieran marcharse. La respuesta a estas peticiones fue otro documento titulado «Normas para la rendición del Ejército enemigo y ocupación de su territorio» en el que se rechazaba la rendición por zonas, se exigía el traslado de los aviones republicanos a seis aeródromos nacionales el día 25 entre las 15 y las 18 horas y la entrega de las tropas republicanas cuarenta y ocho horas después.

El Consejo rechazó este documento del ejército de Franco con el argumento de que era imposible entregar la aviación republicana con la urgencia que se pedía. Se trataba con ello de conseguir tiempo para encontrar otra solución, ya que la propuesta de Franco suponía una rendición incondicional. El día 25, a las seis de la tarde, cuando, de nuevo en Burgos, Garijo y Ortega intentaban hacer reconsiderar su posición a los representantes de la zona nacional, Vitoria y Ungría recibieron una llamada telefónica en la que se les ordenaba romper las negociaciones hasta que se entregara la aviación republicana. Ante ello, desde Madrid, esa misma noche se enviaba un radiograma indicando que, si era posible, los aviones republicanos aterrizarían a la una de la tarde del día 26 en los aeródromos indicados. Franco respondió con la orden de atacar; sólo daba la opción a las tropas republicanas de presentar bandera blanca y entregar las armas.

El día 26 el Consejo explicó por radio a la población que no entendía los propósitos del Gobierno nacionalista y aseguraba que su preocupación primordial era la evacuación de quienes desearan expatriarse. Aunque se pidió serenidad, aquella fue la gota que colmó el vaso. La desbandada comenzó en numerosos puntos. Muchos soldados, tras deshacerse de sus armas, se dirigieron hacia sus ciudades de origen al ver a sus jefes y oficiales huir hacia Levante. El día 27 la situación se agravó. El Consejo Nacional de Defensa celebró su última reunión y el coronel Segismundo Casado, que ejercía de Consejero de Defensa y hombre fuerte, les informó de que el presidente francés y el mexicano estaban dispuestos a admitir en su territorio a cuantos pudieran llegar. Tras ello, muchos consejeros abandonaron Madrid en avión. Casado se quedó en la ciudad con el fin de dar instrucciones para rendir la plaza y con él, el socialista Julián Besteiro, consejero de Estado, que, persuadido de que su actuación había sido correcta durante toda la guerra, decidió no salir de Madrid, aunque ello le supusiera la cárcel o la muerte, como así ocurrió. Mientras llegaban noticias de que los ejércitos de Extremadura y Centro prácticamente habían desaparecido, en la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, donde las líneas de ambos frentes distaban entre cien y trescientos metros, numerosos soldados republicanos optaron por irse a sus casas.

La noche del 27 al 28 no se durmió en Madrid. Unos, a la espera del marido, hijo, padre o hermano combatiente, que, con suerte, podría llegar a casa en cualquier momento antes de la rendición; otros, con la angustia del destino del familiar que intentaba huir desde Levante al extranjero; en las embajadas y las cárceles se mantuvo la vigilia esperando el momento de la liberación; en muchos domicilios se aguardaba a los familiares que durante tres años habían permanecido alejados por encontrarse en zona nacional; en otros se dedicaron a romper papeles y a temer por el futuro, ya que de Franco sólo conocían lo que la propaganda republicana había dicho sobre él, y no faltaron casas donde dedicaron la noche a confeccionar banderas bicolors al tiempo que festejaban anticipadamente la victoria franquista con botellas de vino dulce o de cava guardadas para la ocasión..

Amaneció así el 28 de marzo de 1939, Martes de Pasión, una jornada desapacible, fría y lluviosa. Algunos madrileños compraron el *ABC*, que, al precio de veinticinco céntimos, salió por última vez como «diario al servicio de la democracia» con el titular «El Consejo Nacional de Defensa se dirige a los españoles en demanda de la serenidad que exige el momento». Los más madrugadores, como recogería la prensa al día siguiente, se cruzaron con numerosos soldados, que, con mantas y maletas, se retiraban del frente. Casado, tras ordenar al coronel Adolfo Prada Vaquero, como nuevo jefe del Ejército del Centro, que rindiera la ciudad a mediodía, tomó un avión hacia Valencia. Esta ciudad levantina en ese momento era un caos, pues lo mismo llegaban noticias de que Franco dejaría entrar a los barcos que iban a buscar a los miles de personas que se estaban concentrando en el puerto que se decía que el ejército vencedor tenía órdenes de detener a todos. A las doce de la mañana, el coronel Prada, junto a los miembros de su Cuartel General, se presentó en el puesto de mando del coronel Eduardo Losas, quien un año antes había sido nombrado por Franco jefe de la 16.ª División del Ejército destinada en la Ciudad Universitaria.

Según afirmaría Losas, días después los militares republicanos «venían deshechos, física y moralmente». Prada, siguiendo las instrucciones de Casado, rindió la plaza y Losas ordenó que atendieran a los militares republicanos en el Hogar del Soldado que las tropas



29 de marzo. Uno de los camiones que entraron con el Ejército 'nacional' en Sol

nacionales tenían instalado en la Escuela de Arquitectura. A la una de la tarde, el general Saliquet, a quien Franco había encargado la jefatura del Ejército del Centro, tras ser informado de la rendición, ordenó a Losas que ocupara militarmente la ciudad. Poco a poco las tropas comenzaron a desplegarse por las calles de acceso sin que tuvieran que efectuar ni un solo disparo. Los primeros automóviles pertenecientes al llamado Ejército Nacional que los madrileños vieron estaban ocupados por soldados moros que gritaban «¡Viva Franco! ¡Arriba España!». Su presencia causó cierto temor, ya que estas tropas llegaban precedidas por la fama de su ferocidad. Entre tanto, los falangistas y requetés, que habían actuado como quintacolumnistas durante la guerra, tomaban posiciones en torno a centros oficiales y cuarteles.

La entrada de las tropas a partir de la una de la tarde fue recibida por una población aliviada de que hubiera terminado la guerra, puesto que en Madrid, a diferencia de otras ciudades, la confrontación había durado 983 días. Tras este sentimiento generalizado estaban las condiciones particulares: para unos era el fin de los sufrimientos; para otros, la continuación o el agravamiento de estos.

A los camiones de soldados que entraron por las calles Princesa y Toledo o la plaza de Legazpi se sumaron algunos vehículos ocupados por personas, que, brazo en alto, recorrieron Madrid cantando y enarbolando la bandera bicolor, así como numerosas personas que corrían tras los vehículos militares. También sobrevolaron la ciudad algunos aviones del ejército de Franco. A las tres de la tarde terminaba la primera fase de la ocupación y una hora después Losas llegaba en automóvil a la emisora de Unión Radio, en la Gran Vía. En una alocución radiada, el coronel dijo: «Quiero gritar con todos los españoles que me escucháis, españoles de nuestra península y españoles del mundo entero, para que se enteren todos, que en la capital de España ondea ya nuestra bandera y que con el mayor entusiasmo todos gritemos: ¡Viva España! ¡Viva el Generalísimo! ¡Arriba España!». En su intervención, Losas no se olvidó de recordar a los oyentes que «cuando oportunamente disponga el mando superior lo que crea más conveniente, que será radiado por esta emisora, todos, sin excepción, tenéis que cumplir estrictamente las órdenes de ese mando». A lo largo de la tarde, también hablaron desde esta misma emisora el coronel Ríos Capapé, jefe de las fuerzas del 18.º Cuerpo de Ejército que se limitó a pedir serenidad y a decir que «Madrid está siendo ocupado en estos momentos. Madrid es del general Franco» y José María Pemán que aseguró: «Españoles que me escucháis en todos los rincones de España. No sabéis el espectáculo que estamos viendo en Madrid. Nos recibe la población con una emoción rayana en el delirio. Se levantan bosques de manos en alto y se mezclan en las calles los trajes y los uniformes y las blusas azules de los obreros, que es como un mar pacífico que vuelve a la calma. Y en los balcones, las manos temblorosas de las mujeres improvisan, de dos banderas republicanas, una bandera nacional. Españoles todos: hoy ha entrado en Madrid, por encima de todo, el Caudillo, el Caudillo Franco, el Caudillo del corazón grande, de la justicia, de la misericordia».

Esa misma tarde fueron ocupados los principales edificios públicos, como el Ayuntamiento, el Ministerio de Hacienda y la sede de la Presidencia en la Castellana, a pesar de que, como reconocía la prensa, ese día no habían entrado más que algunas columnas de vanguardia. No acabaría la tarde sin la sorpresa de ver cómo, tras muchos



Las tropas que entraron en Madrid desfilaron por la prolongación de la Castellana meses de oscuridad nocturna, volvía a ser encendido el alumbrado público.

Carlos Mingote tenía veintinueve años y se encontraba en la localidad de Carabaña como soldado en Intendencia en el Ejército Republicano. Recuerda como hacia las tres de la mañana del día 28 de marzo « vimos la estampida de todos los jefes en sus coches. Antes, se limitaron a ordenar que se hiciera una relación nominal de todos nosotros tras lo cual nos podíamos ir. Ante esto, nos reunimos en asamblea para ver lo que hacíamos. Había unos cuantos que querían entregar la posición y les dijimos que estaban locos, que los nacionales no iban a tratarles mejor por ello. Yo me fui. El campo se llenó de desertores pues nadie quería ir por las carreteras. Todo se había desplomado, se había acabado la guerra. Con muchas dificultades, llegué a Madrid en un coche. No podíamos venir por el camino lógico que era el puente de Arganda y lo hicimos por Alcalá. Me dejaron en Pacífico y fui andando hasta la calle Canarias donde tenía mi casa. Muchos saludaban al ejército vencedor, supongo que porque había desaparecido la pesadilla. No sabe lo que es vivir tres años sitiados. Por eso atribuyo esa posible satisfacción a la esperan-



Las tropas fueron recibidas entusiastamente por una parte de la población

za de salir de casa, a la de comer y a la de ver la vuelta de los seres queridos».

Tras esta primera jornada en la que ocupantes y ocupados no terminaban de creerse que la guerra hubiera concluido, el día 29 el ejército de Franco se hizo dueño absoluto de la situación. Tal como había adelantado el coronel Losas, se indicó a todos los madrileños que debían estar pendientes de la radio a las 12 y a las 21 horas de cada día para atender a las posibles órdenes que se dieran. Durante ese día ya entró en la capital la mayor parte de las fuerzas del Ejército del Centro —desde el 1.º Cuerpo de Ejército hasta los cuerpos de Tropas Voluntarias, Maestrazgo, Navarra y Toledo, pasando por las Agrupaciones de Divisiones de Somosierra, del Tajo y de Guadalajara—. Lo hicieron acompañadas por tropas de los ejércitos de Levante y Aragón y de la Guardia Civil. Se llegó a afirmar que, en total, habían entrado en la capital trescientos mil soldados, cifra totalmente irreal. La prensa destacó que los madrileños acudieron como cada día a sus puestos de trabajo, que en la glorieta del Cisne —actual plaza de Emilio Castelar— se celebraron misas de campaña y que en algunos balcones comenzaron a verse las primeras